

Si la Iglesia pudiese engañarse, las puertas del infierno prevalecerían contra ella; y Jesucristo habría mentado.

Oraré á mi Padre, dice Jesucristo, y os dará el Espíritu Santo, para que permanezca eternamente con vosotros; el Espíritu de verdad permanecerá con vosotros, y estará con vosotros: *Et ego rogabo Patrem, et Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis; apud vos manebit, et in vobis erit.* (Joann. XIV. 16-17).

Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* (Joann. XX 21).

Se me ha concedido, dice, toda clase de poder en el cielo y en la tierra. Id pues, y enseñad á todas las naciones... Y ved que estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos: *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes...: et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.* (Matth. XXVIII. 18-20).

El que os escucha, me escucha, y el que os desprecia, me desprecia. Mas el que me desprecia, desprecia al que me ha enviado: *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit. Qui autem me spernit, spernit eum, qui misit me.* (Luc. X. 16).

La Iglesia, dice S. Pablo, es la columna y el sostén de la verdad: *Columna et firmamentum veritatis.* (I. Tim. III. 15).

No creería yo en el evangelio, dice S. Agustin, si la autoridad de la Iglesia no me comoviese y llevase á creer: *Ego Evangelio non crederem, nisi me catholicae Ecclesiae commoveret auctoritas.* (Lib. contra Epist. Manich., c. IV.). S. Agustin tenía pues á la Iglesia por infalible.

Jesucristo, dice S. Pablo á los Hebreos, era ayer, es hoy, y será en todos los siglos: *Jesus Christus heri et hodie, ipse et in secula.* (XIII. 8). *Era ayer*, es decir, existe desde toda la eternidad; *era ayer*, es decir, ha existido en los profetas: *es hoy*, existe en los Apóstoles y en su Iglesia para dirigirla; *y será en todos los siglos*, es decir, estará con la Iglesia militante para hacerla infalible, y con la Iglesia triunfante, para coronarla.

Al que no escuche á la Iglesia, dice Jesucristo, tenedlo por pagano y publicano: *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* (Matth. XVIII. 17). Jesucristo hace á todos un sagrado deber de escuchar y seguir la enseñanza de la Iglesia, so pena de ser asimilados á paganos y publicanos. Pero, si la Iglesia no fuese infalible, ¿cómo habría Jesucristo mandando que la escuchásemos?

Señor, dice Ricardo de S. Victor, si lo que creemos siguiendo á la Iglesia es erróneo, vos sois el que nos engañais: *Si error est quod credimus, á te decepti sumus.* (Lib. I de Trinit., c. II).

Necesidad de que la Iglesia sea infalible.

La verdadera Iglesia debe ser infalible; de otra suerte dejaría de ser la verdadera Iglesia. Debe ser infalible porque, cuando sobrevienen controversias entre los fieles, ¿quién podría decidir las di-

cultades si la Iglesia de Jesucristo estuviese sujeta á error? ¿Las decidiría la Escritura? Pero, ¿no nacen de la Escritura, dice el P. Campien, todas las dificultades? ¿no han nacido de la Escritura mal explicada todas las herejías? ¿no ha hecho la Escritura mal entendida que se extendiera por el mundo esa horrosa confusión de opiniones diferentes, de sentimientos impíos, cismas escandalosos, contrariedades lastimosas, contradicciones extravagantes, y en fin ese horrible caos de innumerables herejías? Por más que se confronten con pasajes para demostrar la verdad, los adversarios confrontan los mismos textos y hallan en ellos un sentido enteramente opuesto. Así pues, á no haber Jesucristo establecido un juez vivo, perpétuo é infalible, sostenido é inspirado por el Espíritu Santo, que decidiera infaliblemente todas las controversias y fallara con seguridad sobre lo que debe acatarse como verdad de fe y considerarse como error sobre el sentido que debe darse á uno ó á otro pasaje de la Escritura, estaríamos siempre nadando en la duda y en la incertidumbre, siempre errantes de opinion en opinion, y no habría ninguna religion segura, unos profesarian la primera religion de que se les hablase, otros la que conviniese á sus intereses ó estuviese de moda, estos segun su caparicho, aquellos segun sus pasiones, y todos sin estar nunca seguros de nada. Para prevenir pues tan horribles desórdenes, para hacer que la religion fuera firme, la Iglesia invariable y la fe inquebrantable, para conservar el depósito de la fe en toda su pureza y su integridad hasta el fin de los siglos, era absolutamente necesario que Dios estableciese un Juez infalible y perpétuo que no pudiera equivocarse en materias de fe.

¿Qué desastrosos desórdenes no veríamos en un pueblo donde no hubiese juez con autoridad de apaciguar las querellas y disensiones y terminar las dificultades, aunque en aquel pueblo hubiese volúmenes de leyes y de ordenanzas? Todos pretenderían que la ley estuviese en su favor, y la interpretarían segun sus intereses, los más poderosos oprimirían á los débiles, y la injusticia y la violencia prevalecerían sobre la justicia y la equidad. En una palabra, allí reinaria una horrible confusión.

De la misma manera, si no hubiese Dios establecido un Juez para decidir soberana é infaliblemente en materia de religion los puntos de fe, la religion cristiana no seria más que una confusión de sentimientos capciosos opuestos y contradictorios, como se ve en todos tiempos en los innovadores que no han querido someterse á las decisiones del tribunal establecido por Dios. Si Jesucristo se hubiese contentado con darnos muchas leyes y revelarnos los sublimes misterios del Nuevo Testamento, y no hubiese establecido un Juez para explicar segura é infaliblemente aquellas leyes y aquellos misterios, cada cual los interpretaría segun el plan que se hubiese formado ó la secta que hubiese adoptado; y esto es lo que han hecho siempre los herejes. De aquel modo Jesucristo habría entregado su Evangelio á todos los caprichos, á todas las terquedades, á

todas las imaginaciones del espíritu humano, y sobre todo á las diversas pasiones de los hombres.

Hay una segunda razon que prueba la necesidad absoluta de un Juez, dirigido por el Espíritu Santo, y es que muchas Biblias han sido falsificadas en varios puestos. Los Rabinos han falsificado el ejemplar hebreo, y sobre todo las profecias concernientes al Mesias divino. Los Santos Padres de Oriente se quejan de que los herejes de su tiempo habian falsificado el ejemplar griego. Los reformadores de los pasados siglos, Lutero y Calvino, han falsificado el ejemplar latino. No hay casi version, hasta la del Nuevo Testamento, impresa en Mons, que no haya sido falsificada y malignamente adulterada en varios pasajes. Se han compuesto volúmenes enteros para demostrar las falsificaciones y los giros malignos. ¡Y cuántas otras versiones falsas se han fabricado despues! Es el gran artificio de todos los innovadores, que son ordinariamente espíritus soberbios y presuntuosos. Consideran como punto de honra el sostener sus opiniones contra la autoridad más respetable, que es la de la Iglesia. Se les ve obstinados así que han dado el primer mal paso, y no quieren que el mundo diga que se han engañado; y para sostener sus errores cuando se ven condenados, acuden al gran recurso de hacer versiones de la Sagrada Escritura, corrompiendo los pasajes que condenan demasiado visiblemente sus falsos dogmas. Luego componen algunos pequeños libros en lenguaje florido, tienen cuidado de que estén bonitamente encuadrados y bien impresos; los expenden á bajo precio, y el título que les dan, sirve para engañar al pueblo. Suelen ser *Notas sobre la Escritura*, *Paráfrasis sobre los Evangelios*, *Análisis de las Epístolas de S. Pablo*, ó *Reflexiones morales sobre cada versículo de los Evangelios*, como si quisieran autorizar sus notas, sus paráfrasis y sus reflexiones erróneas y heréticas con la autoridad de los Santos Libros. Este ha sido en todos tiempos el más maligno artificio de los herejes. Lutero, Calvino y sus partidarios llenaron desde luego la Europa con tales libros, compuestos con todo el artificio y malignidad de que es capaz el espíritu humano seducido, y los ataviaron con los títulos más pomposos y capciosos, á fin de deslumbrar á los espíritus sencillos, débiles é ignorantes. Libros envenenados, que los partidarios del error y sus emisarios esparcian entónces y esparcen aún hoy día, ordinariamente á costa de los fondos comunes. De ahí se originan disputas contiendas de mala ley, debates y controversias.

Si cada particular tuviese el dón de infalibilidad, como quieren los herejes, jamás habria habido disensiones entre los fieles, ni sobre el número de canonicidad de los libros santos, ni sobre la diferencia de las versiones, ni sobre el sentido de los textos: inspirados todos por el Espíritu Santo, habrían hablado todos de la misma manera. Hemos pues de buscar en otra parte esta infalibilidad; no puede hallarse más que en la Iglesia, no hay medio.

La segunda prueba de que los particulares no pueden segura é

infaliblemente interpretar la palabra de Dios, se saca de las diferencias que hemos visto nacer entre todos los herejes, ya sobre el número de los libros Santos, ya sobre la diversidad de las versiones y el sentido de los textos.

Lutero rechaza la Epístola de Santiago, y sostiene que el Apocalipsis es apócrifo, al paso que Calvino opina lo contrario. Esta persuasión interna está pues sujeta á error. Lutero hace una version de la Escritura, y Zwinglio publica que esta version corrompe la palabra de Dios. Los luteranos dicen lo mismo de la version de Zwinglio. Ecolampadio y los teólogos de Basilea hacen otra version; y Beza la halla impia en varios lugares. Los de Basilea dicen lo mismo de la version de Beza, etc. Así pues, su fe ha de ser muy dudosa con relacion á estas diferencias; su fe es puramente humana, y no tienen el dón de infalibilidad, puesto que se contradicen. No es el Espíritu Santo quien les inspira; el Espíritu Santo es el espíritu de verdad, y la verdad es una.....

¿Están los herejes acordes sobre el texto? Aquí hay tambien un gran caos de contradicciones. Sobre este sólo pasaje: Esto es mi cuerpo: *Hoc est corpus meum* (Math. XXVI. 26), hay mas de sesenta explicaciones diferentes. Lutero lo interpreta de la realidad, pero pretende que el pan subsista siempre. Zwinglio sostiene que aquellas palabras no indican más que la simple figura del cuerpo del Salvador. Calvino dice que Jesucristo no está en la Eucaristia sino por la fe. La fe de los protestantes es pues una fe dudosa, vacilante, que no sabe á qué atenerse. Y sin embargo, todos estos célebres reformadores, al salir por medio de la apostasia de la Iglesia romana, se vanaglorian todos de entender perfectamente la Escritura. Esta horrorosa diversidad de interpretaciones, y á menudo sobre un mismo pasaje, ¿no es una demostracion evidente que un espíritu vertiginoso y erróneo les dominaba, y que no se inspiraban en el uniforme espíritu de Dios?

Todos los herejes de todos los siglos han obrado de la misma manera.....

Es pues necesario un juez infalible. Sin esto disputaríamos hasta el fin del mundo, sin saber á qué atenernos ni á quién creer; iríamos tropezando, como ciegos, de error en error: si Jesucristo no hubiese establecido un Juez infalible habria sentado su Iglesia sobre cimientos ruinosos, y no sobre la *pedra* inquebrantable. Las puertas del infierno prevalecerian, contra su promesa solemne; no habria atendido suficientemente á la conservacion del depósito de la fe; no estaria con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos; su Iglesia no seria la columna de la verdad, y la oracion que hizo para que la fe de su Iglesia no se perdiese nunca, habria sido una oracion vana é inútil. A este punto se reducen todas las controversias, ó más bien este es el único punto de controversia que ha existido entre católicos y herejes. Y es porque no han querido y aún no quieren someterse á las decisiones de este Juez infalible, que ha habido y hay tantos herejes.

¿Quién es el Juez que Jesucristo ha establecido para terminar en última apelación todas las controversias? Este Juez no es sola la Escritura, puesto que la Escritura es el testamento sobre el cual se pleitea, y es el origen de todas las disputas y controversias. Este Juez no puede tampoco ser cada particular, puesto que todos se contradicen.

¿Quién es el Juez ó la Iglesia á que Dios ha dado el dón de infalibilidad?

Entre tantas iglesias llamadas cristianas como ha habido en el mundo y hay todavía, dice el P. Campien, no es á la Iglesia arriana, ni á la nestoriana, ni á la pelagiana, ni á ninguna de todos los antiguos herejes á la que Dios ha dado la infalibilidad, puesto que aquellas Iglesias han desaparecido, y la verdadera debe ser perpétua hasta la consumación de los siglos; no es tampoco á la iglesia luterana, ni á la calvinista, ni á la zwingliana, ni á la sociniana, ni á la anglicana, puesto que todas estas iglesias son nuevas, se han contradicho mil veces, se combaten unas á otras, y aún en cada una de estas iglesias hay tantas variaciones y contradicciones, que si los que son sus autores volviesen al mundo, no podrían reconocer su obra.

Este dón de infalibilidad sólo puede haber sido comunicado á la Iglesia católica, apostólica y romana, pues ella sola tiene todas las señales de verdad y todos los motivos de credibilidad; y decimos á la Iglesia, no á cada particular de la Iglesia, porque entónces sería una confusión y un laberinto. Por esto Jesucristo, que es la sabiduría increada y encarnada, sólo ha dado este dón de infalibilidad al Papa cuando habla *ex cathedra*, y á los obispos, en los Concilios generales, unidos al soberano Pontífice y obrando de concierto en él mismo.

Pero, para que la Iglesia sea este Juez infalible, es necesario que haya ciertas calidades ó prerogativas que no sólo la distinguen, sino que aseguren su fe. Es preciso, 1.º, que dure siempre. Conviene, dice S. Pablo, que haya herejías: *Oportet et hæreses esse*. (1. Cor. XI. 19); es preciso que haya siempre un oráculo infalible para conocerlas y condenarlas. 2.º Es preciso que esta Iglesia esté gobernada por el Espíritu Santo; sin esto no tendríamos seguridad de nada. 3.º Es preciso que el Espíritu Santo la gobierne para siempre; porque, si no fuese más que por un tiempo limitado, Dios no habría provisto suficientemente á la conservación de la fe de los fieles. 4.º Es preciso que el Espíritu Santo ilumine á esta Iglesia sobre todas las verdades reveladas que debemos creer, sobre la canonicidad y número de los Libros Santos, sobre la fidelidad de las versiones, sobre el sentido de los textos y sobre las tradiciones que son verdaderamente divinas y apostólicas. Porque, si sólo estuviese iluminada en lo relativo á algunas verdades, no estaríamos seguros de las otras. 5.º Es preciso que esta Iglesia sea siempre visible, porque una Iglesia invisible no puede enseñar ni ser consultada. 6.º Es preciso finalmente que esta Iglesia esté también convencida de que le asiste el Espíritu Santo. Una Iglesia infalible supone y exige todas estas prerogativas. Por

esto ha tenido gran cuidado Jesucristo de que todos estos puntos esenciales estuviesen señalados en el Evangelio.....

Hay pruebas evidentes de que los primeros pastores son los únicos que reúnen todas las cualidades de Juez infalible. Hablando Jesucristo á S. Pedro como al soberano Pontífice de la Iglesia católica, apostólica y romana le dijo: Sois Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. (*Math. XVI. 18*). Esta es la firmeza inquebrantable de aquella infalibilidad contra todas las potencias de la tierra y del infierno, y contra todos los errores. Despues de haber Jesucristo hablado al pueblo, llamó á los Apóstoles en particular, y les dijo: Id, enseñad á todas las naciones, y sabed que yo estaré con vosotros cada día hasta la consumación de los siglos. (*Math. XXVIII. 20*). Hé aquí la duración perpétua de aquella infalibilidad, y sin interrupción, puesto que ha de estar con ellos cada día. Jesucristo promete á sus Apóstoles el Espíritu Santo el Espíritu de verdad para gobernar infaliblemente su Iglesia, á fin de que viva con ellos eternamente. (*Joann. XIV. 16*). Jesucristo no promete aquel Espíritu Santo por los cuatro primeros siglos, como quieren los protestantes, sino por todos los siglos. Hé aquí cómo se perpetúa aquella infalibilidad. Y Jesucristo añade: Aquel Espíritu de verdad os lo enseñará todo: *Ille vos docebit omnia*. (*Joann. XIV. 26*). Este Espíritu os enseñará toda verdad: *Docebit vos omnem veritatem*. (*Joann. XVI. 13*). Hé aquí la infalibilidad universal en todas las verdades.

Y es preciso observar que en todos estos pasajes no hablaba Jesucristo más que á los Apóstoles y á sus sucesores, que únicamente son los obispos cuando fallan con el Papa. Era preciso que Jesucristo tuviese muy en cuenta este artículo de nuestra creencia para declarar y especificar de una manera tan exacta todo lo que puede estar relacionado con él; y si hizo esto, fué para prevenir todas las dudas, todas las contiendas, todas las contestaciones. Es el punto decisivo que termina todas las controversias. En efecto: cuando se cree firmemente este punto de fe, todo queda terminado; no hay más que someterse á este oráculo infalible, iluminado por el Espíritu Santo, que no puede equivocarse en virtud de las promesas de Jesucristo. Si así sucede, podemos estar firmes en nuestra fe y en nuestra religión. Sin éste no puede haber más que una confusión de opiniones diferentes, caos de religiones diversas, forjadas segun el capricho, las preveniciones y las pasiones de los espíritus turbulentos. Así es que el Hijo de Dios no perdonó medio para inculcar profundamente en el espíritu de los hombres este artículo de nuestra fe.

Jesucristo compara también su Iglesia á una ciudad situada en una alta montaña donde puede ser vista de todo el mundo, y á una tea colocada en un candalero que derrama por todas partes su luz. Ved ahí la visibilidad de esta Iglesia infalible. Y dice en otra parte á sus Apóstoles: Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñán-

doles á guardar todo lo que os he confiado: *Evangelium docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis.* (Matth. XXVIII. 19-20). No se predicó, ni se administran los Sacramentos en una Iglesia invisible. Y ved ahí que estare con vosotros cada día hasta la consumación de los siglos: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi* (Matth. XXVIII. 20); es decir, predicando, enseñando y decidiendo. Esta es la visibilidad perpétua de la Iglesia, y su perpétua infalibilidad por todos los siglos.

Finalmente, la Iglesia debe tambien estar convencida de su infalibilidad: ve en el Evangelio todo lo que Jesucristo dijo para que fuese infalible; los Apóstoles han enseñado á sus sucesores de qué manera habian de hablar en estos casos: Así nos ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros: *Visum est Spiritui Sancto et nobis* (Act. VI. 28); es decir, nos ha parecido así hablando como hablábamos por el Espíritu Santo. Por esto los Apóstoles, aunque, llenos del Espíritu Santo, hubieran podido decidir cada uno en particular la famosa cuestion suscitada con motivo de la observancia de la ley de Moisés, quisieron reunirse en Jerusalem para terminar un debate que empezaba á dividir á los fieles. Deseaban dar á la Iglesia un modelo de la conducta que debieran observar los Pastores en los siglos sucesivos. Y esta es en efecto, la que han observado siempre cuando han sobrevenido herejias causantes de grandes turbaciones y divisiones en la Iglesia....

La segunda razon que prueba que Jesucristo ha prometido el dón de infalibilidad tan sólo á los principales pastores, es que si estuviesen sujetos al error cuando deciden de acuerdo con la Santa Sede, habríamos de decir ó que Jesucristo les habia engañado prometéndoles en la persona de los Apóstoles aquel gran dón, ó que no lo habia prometido sino mientras durara la vida de los Apóstoles, ó que no habia tenido el poder de cumplir su promesa, lo cual seria otras tantas horribles blasfemias, pues él les habia prometido varias veces que su Iglesia subsistiria hasta el fin de los siglos.

Los protestantes declaran que la doctrina de la Iglesia católica romana permaneció pura durante los cuatro primeros siglos; pero pretenden que en el siglo V fué adulterada con la mezcla de errores groseros y principios idólatras. Así pues debieran tambien decir que Jesucristo fué aquel hombre insensato de que el mismo nos habla en el Evangelio que construyó su casa sobre la movediza arena, y las tempestades la destruyeron. No mejor cimentada estaria la Iglesia cayendo en ruina y desolacion, y el divino Salvador se habria engañado y habria engañado á S. Pedro al decirle: Sois Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Matth. XVI. 18); ó bien se habria visto obligado á dejarla derrumbarse por carecer de suficiente potencia. En caso contrario, han de sostener que Jesucristo no hacia estas promesas más que á sus Apóstoles. Pero Jesucristo las

hacia tambien á sus sucesores, puesto que les decia: Ved aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. (Matth. XXVIII. 20). El Espíritu Santo permanecerá eternamente con vosotros. (Joann. IV. 16). Bien sabia entonces que los Apóstoles no habian de vivir hasta el fin del mundo; pero hablaba á sus sucesores.

Así, pretender que la Iglesia fundada por Jesucristo ha caído en el error, no sólo es una horrible blasfemia, sino tambien la más estúpida de las mentiras y la mayor de todas las locuras.

Hemos de terminar pues diciendo, ó que el Salvador no fundó Iglesia alguna, lo que es evidentemente falso, ó que si ha fundado una, la ha hecho firme, inquebrantable, infalible, sin que jamás pudiese prevalecer contra ella ningun error en materia de fe. Hasta hoy hemos visto cumplida esta promesa.

La tercera razon que Dios ha comunicado el dón de infalibilidad á los principales pastores de su Iglesia, es decir, á los obispos unidos y concertados con el Papa, y al Papa, cuando habla como jefe supremo, ó sea *ex cathedra*, es que ellos son los únicos que han condenado siempre las herejias. Todos los que no han tenido sus creencias, han sido siempre separados del cuerpo de la Iglesia y considerados con razon como cismáticos ó herejes.

¿Hase visto jamás artículo de fe mejor probado en todos los siglos desde Jesucristo hasta nosotros, que la infalibilidad de la Iglesia? ¿Puede darse jamás tradicion más antigua, constante y universal? En efecto: no sólo ha sido siempre esta la fe de los fieles, sino la de los mayores Santos y Doctores de la Iglesia.

De todo lo que acabamos de decir se deduce esta conclusion general, á saber, que debemos someternos sin resistencia y sin examen á las decisiones de la Iglesia, so pena de ser declarados herejes y reprobados, puesto que el Salvador nos dice en su Evangelio que el que no cree está ya juzgado: *Qui non credit, jam judicatus est.* (Joann. III. 18).

Por otro parte, puesto que estamos ciertos de que los primeros pastores unidos á la Santa Sede no pueden equivocarse en materias de fe, en virtud de las promesas de Jesucristo, que no puede engañar ni ser engañada, y ha prometido á los primeros pastores la asistencia del Espíritu Santo hasta la consumación de los siglos, ¿no es esto bastante para disipar todas nuestras dudas, nuestras inquietudes, y calmar enteramente las conciencias? Sin ello, como ya lo hemos dicho y no nos cansamos de repetirlo, no tendríamos seguridad de nada, no sabríamos á qué atenernos ni á quien creer, y habria tantas religiones como cabezas, de la manera que sucede entre los protestantes. Aun cuando nos pareciese que estos primeros pastores se han engañado, debiéramos desconfiar de nuestras luces y someter nuestro espíritu á sus decisiones. ¿Y por qué? Porque por una parte estamos ciertos de que nuestra ciencia es débil, defectuosa y sujeta á muchos errores; que no hemos recibido mision de juzgar por nosotros mismos, y que por otra parte estamos ciertos de que el jui-

ció de los primeros pastores es infalible en todos los puntos concernientes á la fe, y de que sus decisiones son otros tantos oráculos del Espíritu Santo, en virtud siempre de las promesas de Jesucristo. Aun cuando se nos hiciese ver con pasajes de la Escritura ó de los Padres de la Iglesia, con especiosas razones y sùtiles ratiocinios, lo contrario de lo que han decidido, hemos de estar siempre inviolablemente adheridos al sentimiento de la Iglesia, y hemos de tener la conviccion de que cuanto se nos diga en contrario no es más que falsedad, error y sutilezas emanadas del espíritu de mentira.....

Condicion que
impuso Jesu-
cristo al pro-
meter la infal-
bilidad de los
primeros pas-
tores.

Falta conocer con qué condiciones prometió Jesucristo la infalibilidad á los primeros pastores.

1.º ¿Puede ser á condicion, dice el P. Campien, que aquellos primeros pastores que han de fallar en última apelacion todas las controversias, hayan de ser Santos? Jesucristo no habria así provisto ninguna necesidad; porque, residiendo la santidad en el corazon, y no pudiendo nadie apreciarla en la tierra, jamás podríamos saber quiénes son Santos, y quiénes no lo son; porque es muchas veces un hipócrita el que más santo parece. Si esta condicion fuese pues necesaria, nuestra fe seria siempre dudosa.

2.º ¿Puede ser á condicion de que hayan de ser sabios? Jesucristo no habria así provisto ninguna necesidad, porque no podemos saber si son bastante sabios, ó qué grado de ciencia se necesita para decidir con acierto. Nuestra fe seria tambien así siempre incierta.

3.º ¿Puede ser á condicion de que tengan todos una intencion recta, y no obren más que á impulso de motivos puros y sobrenaturales? Jesucristo no habria tampoco provisto ninguna necesidad, porque no podemos penetrar la intencion de los demás; y así no habria para nosotros más que duda é incertidumbre.

4.º ¿Puede ser á condicion de que todos los obispos del mundo cristiano le favorezcan con sus votos? Jesucristo no habria así afirmado sufficientemente su Iglesia y nuestra fe. Bien preveia que habian de hallarse casi siempre obispos disidentes.

5.º ¿Puede ser á condicion de que en esas asambleas no haya intrigas, luchas ni cábalas? Jesucristo, si tal hiciera, no hubiera atendido á la conservacion del depósito de la fe; porque, aun cuando no hubiese luchas públicas ni ruidosas, temeríamos siempre que las hubiese secretas, y no habria nada seguro para la fe en la decision, y los herejes condenados no dejarían de prevalerse de este pretexto.

6.º ¿Puede ser á condicion de que se examine bien la cuestion controvertida, de que el juicio de cada obispo vaya precedido de un examen bastante, de que hayan confrontado el punto propuesto con la Escritura y los monumentos de la tradicion, y de que esto sea notorio? Pero, ¿cómo podríamos saber si lo han hecho? ¿No han clamado siempre los herejes condenados diciendo que no se habia examinado bien la cuestion y no se habia comprendido la dificultad?

Sin duda es menester que la decision vaya precedida de un examen serio, y un obispo seria culpable si decidiese sin haber examinado con madurez las cuestiones sobre que ha de fallar; pero, á pesar de esto, no prometió Jesucristo con tal condicion la infalibilidad á los primeros pastores, porque nosotros habríamos en tal caso temido siempre que no hubiesen examinado sufficientemente las cuestiones, y por consiguiente nunca podría ser firme nuestra fe.

7.º ¿Puede ser á condicion de que la dificultad esté decidida por un Concilio universal? Pero, ¿ha hablado Jesucristo de Concilio universal ni particular? Nos remite á la Iglesia; pero no nos dice que sea la Iglesia reunida. La Iglesia dispersa unida al soberano Pontífice, es tan infalible como la Iglesia reunida en Concilio universal.

8.º ¿Puede ser á condicion de que se observen todas las formalidades? Pero Jesucristo no hubiera tampoco así asegurado bastante nuestra fe; porque, aun cuando se observasen todas las prescrites, los herejes condenados inventarian nuevas formalidades asegurando su necesidad para una decision valedera.

9.º Tampoco puede ser á condicion de que el clero de segundo orden lo apruebe y el pueblo lo consenta. Estas son especies malditas forjadas por los últimos innovadores, pues jamás ha habido más que el Papa y los Obispos que hayan tenido voz decisiva tratándose de la fe.

10. ¿Puede ser á condicion de que los primeros pastores han de fallar sinceramente sin ningun miramiento politico ni otra consideracion humana? ¿Puede ser á condicion de que el fallo no será por temor, ni por complacencia hácia algun poder, por algun interés, ni por otra mira humana? Es verdad que este ha sido en todos tiempos el ridiculo pretexto de los herejes condenados para no someterse. Pero, si se hubiese impuesto esta condicion para que pudiese tener lugar la infalibilidad prometida á la Iglesia, nunca podríamos estar seguros de nada. Siempre tendríamos motivos para temer que los obispos hubiesen fallado por politica, por temor ó por miras interesadas, y pondríamos siempre en duda la validez de su juicio.

La infalibilidad prometida á la Iglesia no está limitada por ninguna de estas condiciones: las promesas de Jesucristo son absolutas é independientes de toda condicion. La infalibilidad está unida á la decision del mayor número de los obispos unidos en comunión y de iguales sentimientos con el Papa. Y así, que esos primeros pastores sean santos ó sabios, como si no lo sean; lo mismo si están reunidos que si están dispersos; lo mismo si tienen una intencion recta que si no la tienen; lo mismo si hay intrigas que si no las hay; lo mismo si han fallado por politica é interés que en caso contrario; lo mismo que pretexten los herejes que se ha faltado á la forma canónica en la uniformidad de sentimientos, que el juicio de los obispos no ha ido precedido de un examen bastante, que no se ha comprobado la cuestion con las Escrituras y los monumentos de la tradicion, que la mayor parte de los obispos se han sometido como ciegos;

aunque se acumulen todos los pretextos, todos los enredos, todas las maquinaciones, todas las astucias, todos los artificios y sutilezas imaginables; aunque se diga que el procedimiento ha sido irregular, que el juicio no ha sido canónico, y todo lo que puede inventar la malignidad del espíritu humano excitado por la herejía, es lo cierto que la Iglesia, en las ocasiones en que se trata de la fe, nada olvida de cuanto es necesario para hacer que su decisión sea cierta, indudable, irrefragable.

Lo repetiremos otra vez: las promesas de Jesucristo son absolutas é independientes de toda condición. De cualquier manera que estén dispuestos los pastores que fallan en materias de fe, su decisión es siempre infalible y un oráculo del Espíritu Santo, estando unidos al centro de la unidad católica y fallando con el Papa. Porque entonces la divina Providencia dispondrá indudablemente los espíritus de tal modo que decidan siempre conforme á la verdad, y jamás en favor del error; y esto en virtud de las promesas de Jesucristo. Si no sucediera así, jamás estaríamos seguros de nada, ni siquiera de lo que decidieron los Concilios generales.

Una decisión clara y precisa del mayor número de los obispos unidos con el mismo sentimiento con el Papa; una decisión de esta naturaleza hace que nuestra fe sea firme, cierta, exenta de toda duda, inquietud, incertidumbre y perplejidad. Esta debe ser la regla infalible de nuestra creencia. Ningun católico dice lo contrario, porque ha sido siempre la regla de toda la Iglesia, y nadie puede negarlo sin declararse hereje ó cismático. A este punto se reducen únicamente todas las controversias que ha habido y habrá en el mundo. Este es el último y soberano tribunal cuyos fallos jamás será permitido apelar. Y ciertamente la Iglesia sería un cuerpo muy desfigurado y muy poco firme si no hubiese jefe ni juez que terminase infaliblemente todas las dificultades y diferencias que nacen de la Escritura en materias de religion. Por esto todas las demás religiones que se dicen cristianas, no son más que cuerpos monstruosos, porque no tienen ni jefe ni juez que pueda terminar segura é infaliblemente sus dudas y dificultades, ni tienen por regla más que la Sagrada Escritura, que falsifican é interpretan como quieren segun sus caprichos. De ahí viene que hay entre ellos tantas sectas como cabezas. Sin embargo, la verdad es una, y ellos están necesariamente en el error.

.....
 Hé aquí las reglas que se han de observar en un Concilio general, reglas que se han observado siempre. Se ve en ellos la prudencia, la sabiduría y el espíritu de Dios que guían á la Iglesia, y deben enmudecer para siempre las vanas y falsas declamaciones de sus enemigos.

1.º Es preciso que todos los obispos sean llamados y convocados de tal manera, dice Belarmino (*Lib. I. 9-17 de Concil.*), que la convocacion se haga en las partes principales del mundo cristia-

no. 2.º Ningun obispo debe estar excluido de él sin causa, es decir, si no es hereje ó cismático, notorio ó excomulgado. 3.º Es menester que haya obispos, á lo ménos de todas las provincias más grandes y principales. 4.º El Papa debe presidir por sí mismo ó por sus legados; de otra suerte sería un cuerpo sin cabeza, que no representaría á la Iglesia. 5.º Es preciso que no esté disuelto por el Papa. Esta condición es consecuencia de la anterior, porque, no presidiendo entonces el Papa por sí mismo, ni por medio de sus legados, el Concilio no subsiste. 6.º Es preciso que se guarde la libertad de los sufragios. 7.º Cuando el Concilio está terminado, debe obtener la confirmacion del Papa: esto da la seguridad á los fieles de que es legitimo y de que se ha celebrado canónicamente.

Sobres de la Iglesia.
 Sois Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. (*Math. XVI. 18*).

Ni las herejías, ni las amenazas, ni las persecuciones, ni la muerte, ni el infierno podrán destruir la Iglesia. Jesucristo la anima, la sostiene, la fortifica y la hace invencible; la asiste, y combate por ella. Por esto dice S. Crisóstomo: Los bárbaros destruyen las murallas y las fortalezas; pero ni los mismos demonios pueden destruir la Iglesia: *Mania barbari destruant, Ecclesiam vero ne demones quidem superant.* (*Orat. de contemnuenda Ecclesia*).

La Iglesia, dice S. Agustín, es la piedra que no podrán arrollar las soberbias puertas del infierno: *Ipsa est petra, quam non vincunt superbia inferorum porte.* (*In Psalm. contra partem Donati*).

He orado por tí, Pedro, á fin de que tu fe no desfallezca nunca, dijo Jesucristo: *Rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua.* (*Luc. XXII. 32*).

Si, dice S. Agustín, si los enemigos de la Iglesia tienen el poder de perseguirla, ejercitan su paciencia; si la atacan con la calumnia, ejercitan su sabiduría; si la tratan como enemiga, ejercitan su bondad, su benevolencia y su caridad. (*In Psalm. contra partem Donati*). Si quieren aniquilarla, es más fuerte que ellos; ve como unos tras otros espiran á sus piés.....

La Iglesia, dice S. Pablo, es la columna y el sostén de la verdad: *Columna et firmamentum veritatis.* (*I. Tim. III. 15*).

Allí donde están las plantas venenosas suele hallarse tambien el antidoto contra el veneno. Cuando la Iglesia es atacada y perseguida, Dios da remedios para curar las heridas que le hacen. Así que se levanta una herejía, Dios envia Doctores para destruirla. Por esto opuso Dios S. Atanasio á Arrio, S. Cirilo á Nestorio, S. Jerónimo á los origenistas, S. Agustín á Pelagio, S. Bernardo á Abelardo, S. Domingo á los albigenses, los modernos doctores Belarmino, Bossuet y otros, á Lutero y á Calvino; así como al fin del mundo enviará á sus dos grandes profetas Elias y Enoch para combatir al Antecristo.

Dios, dice el Salmista, está en medio de su Iglesia, y la hace inquebrantable: *Deus in medio ejus non commovebitur.* (*XLV. 6*).

Debemos mantenernos en la nave de la Iglesia sobre el tempestuoso mar del mundo, dice S. Ambrosio: esta nave está agitada por desencadenados vientos y tempestades: numerosos enemigos tratan de estrellarla y sumergerla; pero jamás naufragará, porque la cruz de Jesucristo es su mastil, el Padre eterno está en la popa sirviendo de piloto, el Espíritu Santo la dirige hacia el puerto, y doce hábiles remeros, que son los doce Apóstoles, la hacen pasar al través de los estrechos y escollos sin que perezca. (Serm. V.)

Estoy elevado y colocado en la piedra, dice S. Bernardo; estoy seguro y me mantengo firmemente; allí estoy libre de todo enemigo y de toda caída; el mundo tiembla, la concupiscencia me acomete, el demonio me acecha; pero no caigo, porque descanso en la firmísima piedra: *In petra exaltatus, in petra securus, in petra firmistero, securus ab hoste, tutus á casu; tremat mundus, premit corpus, diabolus insidiatur: non cado; fundatus enim sum supra firmam petram.* (Serm. LXI. in Cant.).

Sabrás (oh Iglesia mía) dice Dios por medio de Isaías, que soy el Señor, tu salvación, tu redentor, el fuerte de Jacob: *Et scies quia ego Dominus salvans te, et redemptor tuus, fortis Jacob.* (IX. 16).

Dios, dice Daniel, suscitará un reino que jamás será destruido; este reino venerará, y hará desaparecer todos los reinos, y subsistirá eternamente. (II. 44).

La Iglesia ha sido atacada violentamente por las potencias de la tierra y del infierno. Los emperadores paganos nada olvidaron para acabarla en su nacimiento; varios príncipes han entrado diferentes veces á saco en Roma, y han asesinado ó arrojado á los Papas; centenares de sectas heréticas y millares de escritores furiosos han atacado la Iglesia; y, para no remontarnos á tiempos demasiado lejanos, ¿qué no han hecho las herejías de Lutero y Calvino, tan temibles por el número de sus sectarios, y sostenidas por tantos príncipes y reyes? ¿No han empleado durante más de un siglo el hierro y el fuego para exterminar á los católicos y derribar la sede apostólica? Pero ¿de qué han servido sus formidables ataques, sino para hacerla más firme é inviolable? Este es un milagro vivo, un milagro perpetuo.....

Todas las sectas que han atacado la Iglesia romana y se vanagloriaban de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, han caído, porque sólo estaban fundadas sobre movediza arena: apenas se ven de ellas algunos miserables restos en Oriente, y aún se han introducido en sus doctrinas tantos errores nuevos, que ya no son las mismas sectas. Sólo la Iglesia romana subsiste desde hace diez y ocho siglos. Y ¿quién la sostiene? Si fuese bastarda ó hubiese caído en el error, como lo publican y lo han publicado siempre los innovadores, ¿la sostendría Dios con tanto brillo? Y sin embargo, es la única que sostiene, porque es la única que ha sobrevivido constantemente. ¿Qué? Hubiera mantenido Dios durante más de diez y ocho siglos una religión falsa que hubiese enseñado el error, en tanto que

habría abatido la verdadera religion, reduciéndola á no ser casi nada?

Aun cuando nosotros mismos os anunciásemos, dice el Apóstol de las Gentes á los galatas, y aun cuando un ángel venido del cielo os anunciase un Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema: *Sed, licet nos, aut Angelus de celo evangelizet vobis præterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit.* He aquí una regla de fe que da el Apóstol. Si un nuevo dogma aparece en alguna parte, examínese para ver si concuerda con la doctrina de la Iglesia católica que Pablo y los Apóstoles han predicado desde el principio; si se aparta, téngase por herejía y anatematizese. Todos los Padres y toda la Iglesia han seguido y siguen todavía esta regla.

San Ireneo dice: Si surge alguna disputa en un punto de doctrina, ¿no será preciso recurrir á las Iglesias antiguas y buscar en ellas la decision de la contienda? (*Lib. III, c. IV.*)

Tertuliano dice: Es preciso examinar lo que los Apóstoles han predicado y lo que Jesucristo les ha revelado, y atenernos á ello. Nada debemos recibir si no es por conducto de la Iglesia fundada por los Apóstoles. Toda doctrina que concuerde con la fe de la Iglesia de los Apóstoles, con la fe de las antiguas Iglesias madres, es una doctrina verdadera; toda doctrina contraria es mentira y error. Lo que ha sido anunciado desde el principio, es del Señor, es la verdad; lo que ha venido más tarde y no está de acuerdo con estas primeras enseñanzas, es extraño y falso. (*Lib. de Præscript.*)

Debe considerarse como hereje, dice Orígenes, cualquiera que vanagloriándose de creer en Jesucristo, profesa una fe diferente de la que conserva la tradicion de la Iglesia: *Hæreticus habendus est omnis ille, qui Christo quidem credere se profiteatur, aliud tamen de fidei veritate credit, quam habet definitio traditionis Ecclesie.* (In Matth. homil. XIX).

¿Por qué, escribe S. Jerónimo á Pamaquio, por qué os esforzáis, despues de cuatrocientos años, en enseñarnos aquello de que nunca hemos oido hablar? Sin vuestra doctrina, cristiano hasta hoy ha sido el mundo: *¿Cur post quadringentos annos docere vos niteris quod ante nescivimus? Usque in hanc diem, sine vestra illa doctrina, christianus mundus fuit.* Lo mismo podriamos decir á Lutero, Calvino y demás herestíacos.....

¿Qué he de profesar y creer como doctrina de la Iglesia católica? Lo que ha sido profesado y creído, dice Vicente de Lerins, en todos los lugares, en todos tiempos y por todos: *Id tenemus quod ubique, quod semper, quod ab omnibus traditum est; hoc est enim vere propriè catholicum.* (Præscript. adversus Hæreses, c. XII). La antigüedad y universalidad de la doctrina deben servirnos de norma. Por esto dice S. Pablo: Aunque nosotros mismos os anunciásemos, ó un ángel del cielo os anunciase un evangelio diferente del que os hemos anunciado, rechazadlo y anatematizadlo. Levantando la voz

Perpetuidad á
inviolabilidad
de la Iglesia.

S. Juan Damasceno contra el emperador Leon, iconoclasta, exclama: Oídme, pueblos, tribus, hombres, mujeres, niños, ancianos, jóvenes, nación santa de cristianos: Si alguien os anuncia cosas contrarias á lo que la Iglesia católica ha recibido y conservado de los santos Apóstoles, de los Padres y Concilios, no le prestéis oído, ni sigáis su diabólico consejo, como hizo Eva, que, seducida por la serpiente, encontró la muerte. Aun cuando fuese un ángel, aun cuando fuese un rey el que os enseñase cosas diferentes de las que enseña la Iglesia católica, apartaos de su lado y anatematizadle. (*Lib. II. Imagin.*). Nunca ha dejado de seguir la Iglesia romana estas reglas tan sábias.... En tiempo de Donato, S. Agustín anonadó á Gaudencio con este irresistible dilema: Contestadme, dice: ¿ha perecido, ó no ha perecido la Iglesia? Elegid. Si ha perecido, ¿qué Iglesia ha podido dar vida á Donato? Y si no ha perecido ¿qué locura es la de Donato de querer fundar otra? (*Lib. II. contra Gaudent., c. VIII.*).

Lo mismo puede objetarse contra todas las pretendidas Iglesias.

La verdadera fe y la verdadera Iglesia son inseparables, de tal manera, que, si, sobre un punto tan sólo, el de la invocacion de los Santos, por ejemplo, la Iglesia se apartaba de la verdadera fe, seria necesariamente herética, y dejaria de ser la Iglesia de Dios, y seria la Iglesia de Satanás. Así es que todo individuo que verra en un punto, no es ya ortodoxo, sino hereje, aunque crea todos los demás dogmas como los ortodoxos. Podemos pues decir: Cuando apareció Calvino, ó habia perecido la Iglesia, ó no habia perecido: si habia perecido, y en tiempos de S. Gregorio el Grande, como dicen los innovadores, es claro que el mundo ha carecido, durante nueve-cientos años de religion, de Sacramentos, de Iglesia y de medios de salvacion; en esta hipótesis, Jesucristo ha abandonado á su esposa; su reino eterno ha cesado, pues Jesucristo reina en la Iglesia; por consiguiente, las puertas del infierno han prevalecido contra la Iglesia, á pesar de la formal promesa de Jesucristo, y Jesucristo ha mentido. En tal caso, Calvino ha nacido fuera de la Iglesia; jamás ha sido uno de sus miembros, sino un infiel, un hereje y un pagano, que no hubiera debido ser recibido y escuchado como fiel por el pueblo y el mundo, sino que debiera haber sido despreciado y rechazado como extraño á la Iglesia. Pero, si, por el contrario, la Iglesia nunca ha perecido; si Calvino nació, fué bautizado, educado é instruido en la verdadera fe y verdadera Iglesia, cuando salió de su seno y se separó de ella por la predicacion de dogmas nuevos, quedó separado de la verdadera fe y de la verdadera Iglesia, y se convirtió en apóstata. Por consiguiente, fundando una Iglesia reformada, no fundó la verdadera Iglesia, la Iglesia apostólica, sino una Iglesia de apostasia, una Iglesia cismática y hereje. Reflexiónese sobre este argumento....

En Dios, dice el apóstol Santiago, no hay cambio, ni sombra, ni revolucion: *Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio.* (I. 17). Así es la Iglesia.....

Mirad á Sion, la ciudad de las solemnidades, dice Isafas; vereis con vuestra propia vista á Jerusalem, aquella mansion de la paz, aquel pabellon que no podrá trasportarse á otra parte; jamás podrán arrancarse las estacas que lo mantienen clavado en el suelo, ni podrán romperse las cuerdas que lo aseguran: *Respice Sion, civitatem solennitatis nostræ: oculi tui videbunt Jerusalem, habitationem opulentiam tabernaculum quod nequaquam transferri poterit: nec auferentur clavi ejus in sempiternum, et omnes funiculi ejus non rumpentur.* (XXXIII. 20). Esta era una profecía de la perpetuidad de la Iglesia gráficamente representada por Daniel. El Dios del cielo, dice, suscitará un reino que no ha de perecer nunca, antes bien ha de existir eternamente: *Suscitabit Deus cæli regnum, quod in æternum non dissipabitur; ipsum stabit in æternum.* (II. 44).

El Señor, dice el profeta Miqueas, reinará en su Iglesia desde ahora hasta la eternidad: *Et regnabit Deus super eos in monte Sion, ex hoc nunc et usque in æternum.* (IV. 7).

Digámonos los protestantes cuando ha empezado la Iglesia romana; manifestémoslos al autor de la religion católica, é indiquémoslos el tiempo y el lugar en que empezó á establecer los Papas. Trescientos años hace, ¿dónde estaban las Iglesias de los luteranos y calvinistas? En ninguna parte. Pero la Iglesia romana existia ya. Existia antes de la época que vio nacer á Nestorio, á Arrio, á Cerinto, á Ebion y á todos los herejes. Retamos á nuestros adversarios á que señalen como principio de la Iglesia romana un tiempo posterior al de los Apóstoles.... Jamás ha variado esta perpetua Iglesia católica, apostólica y romana. Las sectas, al contrario, están llenas de variaciones; es una confusion, un horrible caos. Hoy una fórmula de fe, mañana otra, y hasta se han dado varias á la vez, como si lo que era ayer una verdad de fe no debiese serlo hoy, por haber variado los tiempos y los intereses. Y ¿á que tantas variaciones sino porque, desde el momento en que los herejes han combatido las decisiones de la Iglesia y se han sustraído á su autoridad, han carecido de regla segura? Se abandonan á todos los extravíos de su espíritu particular, y no admiten otro guia. Todos los sectarios, así antiguos como modernos, han dado á la Escritura explicaciones diferentes, cada cual segun el plan de religion que se habia formado, y todos han condenado mutuamente estas explicaciones. Los calvinistas condenan la interpretacion de los arrianos, que consideran como herejes; pero por la misma razon debieran tambien condenar la suya, porque no han de ser ellos más inspirados ni más infalibles que los arrianos. Y si, segun los calvinistas, cada cual tiene el incontestable derecho de interpretar la Escritura, lo mismo lo tenían los arrianos que los calvinistas. Así pues, los calvinistas y todos los protestantes deben, segun sus principios, condenar su propia interpretacion de la Escritura, ó aprobar la de los arrianos; puesto que ambas partes tienen el mismo derecho y la misma autoridad.

Despues de haber despreciado el testimonio de los más célebres

doctores, los herejes han reconocido sin embargo que no podían sostener sus dogmas sin violentar la palabra de Dios. Muy bien han manifestado que su causa era mala é insostenible, puesto que se han visto obligados á llegar á este extremo. ¿Qué pudo obligarles á hacer pasar por apócrifos varios libros canónicos, sino la desesperación de no poderlos poner de acuerdo con sus errores? ¿Por qué no admitían los maniqueos el Evangelio de San Mateo ni las Actas de los Apóstoles, sino por creer, según sus principios, que Jesucristo no había nacido de la Virgen y que el Espíritu Santo no había bajado sobre los fieles hasta que apareció en la tierra Manés, su impio y paracéto maestro? ¿Por qué rechazaban los ebionitas las epístolas de S. Pablo, sino por querer establecer el uso de la circuncisión que el Apóstol condenaba? ¿Por qué habla Lutero con tanta insolencia de la Epístola de Santiago, llegando á decir que sólo sirve para suscitar disputas, que está llena de vanidad, que es árida y tan despreciable como el cieno, y enteramente indigna del espíritu apostólico, sino por sostener, contra la doctrina de aquel admirable apóstol, que sólo la fe, y no las obras, es lo que constituye la verdadera justicia? ¿Por qué quieren los discípulos de aquel herejiarca excluir del número de los sagrados libros á Tobias, el Eclesiástico, los Macabeos y varios otros, sino porque hallan en ellos su condenación y la prueba manifiesta de sus errores en lo concerniente á la protección de los ángeles, el libre albedrío, el purgatorio y la intercesión de los Santos?

¿Con qué derecho pregunto, añade el P. Campien, se permiten truncar y corregir las Escrituras? Dicen que conservan con respeto las verdaderas Escrituras, intentando solamente eliminar las falsas. Muy bueno es el intento; pero ¿en qué autoridad fundan tal distinción, y quien es su juez? El Espíritu Santo, contestan ellos. Y así trata de eludir Calvino el juicio de la Iglesia, á la que exclusivamente pertenece el exámen de los espíritus. Mas, ¿por qué causa, teniendo todos el mismo espíritu, concuerdan tan poco en sus sentimientos y se hacen una guerra continua?

El espíritu de Lutero rechaza seis epístolas canónicas: el espíritu de Calvino las admite; y sin embargo ambos tienen el mismo maestro, y este maestro, según dicen el Espíritu Santo. Los anabaptistas se rien del libro de Job como de una fábula, de una verdadera comedia. Castellan llama canción erótica al sagrado Cantar de los Cantares, donde se expresan por medio de símbolos y figuras sensibles las más tiernas comunicaciones del alma con Dios, y de la Iglesia esposa de Jesucristo con su divino esposo. ¿Quién les hace hablar de esta suerte? El Espíritu Santo, dicen ellos.

Véase cómo tratan esos reformadores al Espíritu Santo, haciéndole decir cuánto les place. Pero el Espíritu Santo, que es el Dios de verdad, no puede inspirar semejantes contradicciones. Quien las inspira, es el espíritu de error, el espíritu del infierno.....

La decadencia y la ruina de todas las sectas prueban sus false-

dades. Nada, en efecto, es mejor prueba de la falsedad de una religión que su caída; porque la verdadera religión de Dios, la verdadera Iglesia de Jesucristo debe subsistir inquebrantable é inmóvil hasta la consumación de los siglos. Así habló un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la Ley, honrado por todo el pueblo. Tomando la palabra en medio del Consejo que deliberaba sobre si habian de ser condenados á muerte los Apóstoles que predicaban á Jesucristo, dijo: Hombres de Israel, fijaos en lo que vais á acordar respecto de estos hombres. Ya sabéis que hace poco se levantó Theodás, suponiéndose algo grande: cerca de cuatrocientos hombres se unieron á él; pero fué muerto, y todos los que en él habian creído, fueron dispersados y reducidos á la impotencia. Se levantó despues Judas Galileo en los dias del empadronamiento, llevando consigo á una gran muchedumbre; pero éste pereció tambien, y fueron dispersados cuantos en él creyeron. Escuchadme pues, y creedme: Apartaos de esos hombres, y dejadlos; porque si su obra es de los hombres, se destruirá por si misma; pero si es de Dios, no podeis ponerles impedimento, pues sucederia entónces que combatirais contra Dios. (Act. V. 34-39). El Consejo fué de este prudente parecer. Contra la obra de Dios nada pueden los hombres. Por este motivo la religion romana no ha dejado ni dejará nunca de existir. Al contrario, todas las sectas, que son obra del hombre inspirado por el demonio, caen por si mismas. ¿En qué han venido á parar, y en qué paran todas las herejías? Duran más ó ménos, hacen más ó ménos ruido, producen más ó ménos revoluciones; pero al fin sucumben. Y sucumben porque no son la creación del Dios de la inmortalidad y de la vida.

La Iglesia católica, apostólica y romana ha permanecido desde Jesucristo invariable por su unidad en la fe, en los Sacramentos, en sus leyes y en su jefe. Ha visto sucederse al frente suyo una no interrumpida genealogía de soberanos pontífices y de obispos. Nos consta de una manera cierta por medio de las historias y de los monumentos auténticos que nos indican la sucesion de los primeros pastores, no sólo siglo por siglo, sino año por año. Porque, aun cuando hayan pasado varios meses ó varios años sin elegir á un nuevo Papa, y aun cuando se hayan levantado alguna vez antipapas, el intervalo de ningún modo destruye la sucesion, porque entónces el clero, el cuerpo de los obispos subsiste á pesar de todo en la Iglesia con la intencion de dar un sucesor al difunto Papa así que lo permitan las circunstancias.....

Más fácil sería apagar el sol, dice S. Crisóstomo, que oscurecer á la Iglesia: *Facilius solem extinguat, quam Ecclesiam obscurari.* (Homil. IV de verbis Isaia). Visibilidad de la Iglesia.

San Pablo escribía á los Colosenses que en su tiempo estaba ya predicando el Evangelio á todas las criaturas existentes bajo del sol, es decir hablando en general casi á todos: *Quod predicatum est in universa creatura que sub celo est.* (I. 23). Doy ante todo gracias á

mi Dios, escribiría á los Romanos, en favor de vosotros y por medio de Jesucristo, porque vuestra fe se ha extendido por todo el mundo: *Primum quidem gratias ago Deo meo per Jesum Christum pro omnibus vobis; quia fides vestra annuntiantur in universo mundo.* (1.8).

La Iglesia es la columna y el sosten de la verdad, dijo á Timoteo: *Columna et firmamentum veritatis.* (I. m. 15).

Isaías compara la Iglesia á una alta montaña hácia la que acuden todas las naciones. (XX. 11). Sois la luz del mundo, dijo Jesucristo á sus Apóstoles. Una ciudad colocada en la cumbre de una montaña no puede estar oculta. Y una luz no se enciende para que la coloquen debajo de un cubo, sino en un candelero, á fin de que alumbré á cuantos estén en la casa. (*Matth. V. 14-15*).

Estos pasajes de la Escritura y tantos otros parecidos prueban hasta la evidencia que la Iglesia es visible, y que nos instruye y confirma visiblemente en la verdad por medio de sus pastores y de sus obispos, y sobre todo de su jefe supremo, el soberano Pontífice.

La Iglesia católica, dice S. Agustín, es la Iglesia derramada por toda la tierra. Nadie puede dejar de verla; y segun las palabras de Jesucristo no puede estar oculta: *Ipsa est Ecclesia catholica, que per totum orbem terrarum diffunditur, hanc ignorare nulli licet; ideo, secundum verbum Domini nostri Jesu Christi, abscondi non potest.* (Epist. cxxx ad Severin.).

La Iglesia es como el sol, ilumina el mundo entero: *Lustrans universa in circuitu pergit.* (Ecle. 1-6). Es como su divino fundador, una luz que ilumina á todos los hombres en este mundo: *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Joann. 1.9).

Es brillante, y no se apaga nunca: se deja conocer facilmente por los que la aman, y hallar por los que la buscan, dice la Sabiduría: *Clara est, et que nunquam marcessit, et facile videtur ab his qui diligunt eam; et invenitur ab his qui querunt illam.* (VI. 13).

Jerusalem (es decir, Iglesia), ciudad de Dios, brillarás con luz deslumbrante, exclama Tobias, y te venerarán todos los pueblos de la tierra: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis, et omnes fines terra adorabunt te.* (XIII. 11-13). Las naciones vendrán de lejos hácia tí, y adorarán en tí al Señor; porque invocarán en tí un gran nombre: *Nationes ex longinquo ad te venient, et adorabunt in te Dominum; nomen enim magnum invocabunt in te.* (Id. XIII. 14-15).

La Iglesia católica, apostólica y romana es infinitamente superior por su elevación, su dignidad y su gloria á todas las demás sociedades religiosas. En segundo lugar aventaja tambien por su doctrina, su vida, sus costumbres y su culto, á toda filosofía, toda sabiduría, todo genio, toda asamblea, todos los lugares y todos los tiempos. Bajada del cielo, es tan visible como el firmamento.

Te he erigido en luz de las naciones y en salvación de los últimos límites de la tierra, dijo el Señor á su Iglesia por medio de Isaías:

Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terram. (XLIX. 6).

Es un dogma que fuera de la Iglesia no hay salvación. Así pues debe ser visible, para que todas en general la vean. Por esto hace que su poderosa voz se oiga en la tierra toda, dice el Salmista: *In omnem terram exivit sonus eorum.* (XVIII. 5).

Extenderé mi mano sobre las naciones, dice el Señor por Isaías, y levantaré mi estandarte ante los pueblos: *Ecce levabo ad gentes manum meam, et ad populos exaltabo signum meum.* (XLIX. 22). Este estandarte es la cruz. Levantaré una enseña en medio de ellos, elegiré algunos para enviarles hácia las naciones del mar, á Africa, á Lidia, entre los pueblos armados de flechas, á Italia, á Grecia, á las islas más remotas; y anunciarán mi gloria á las naciones. (*Isai. LXVI. 19*).

Levántate, Jerusalem, abre los ojos á la luz, pues ya se acerca y la gloria del Señor ha brillado sobre tí, dice el mismo profeta: *Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.* (LX. 1).

Penetraré en lo más profundo de la tierra, dice la Iglesia en el libro del Eclesiástico; revistaré á todos los que duermen, é iluminaré á cuantos esperen en el Señor. Esparciré mi doctrina como una profecía; la dejaré á los que tratan de ser sabios, y no dejaré de velar por su descendencia hasta que venga el siglo de la sanidad. (*XXIV. 45-46*).

El pueblo que andaba en las tinieblas, dice Isaías, ha visto una gran luz; ha amanecido para los que habitaban la región de las sombras de la muerte: *Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbræ mortis lux orta est eis.* (IX. 2).

La Iglesia es como su divino fundador, que ha destruido la muerte, segun dice S. Pablo, y que, con el Evangelio, ha hecho brillar á nuestra vista la luz de la vida y de la incorruptibilidad: *Destruit quidem mortem, illuminavit autem vitam et incorruptionem per eam.* (II. Tim. 1. 10).

Esta luz es la doctrina, la gracia, el esplendor y la gloria del Evangelio que la Iglesia está encargada de anunciar. El pasaje que precede, ha inspirado las siguientes palabras á S. Jerónimo: Ya ha venido la luz que todos los profetas prometían y el universo agardaba. (*Comment.*).

La Iglesia es la brillante estrella que despide sus rayos sobre el mundo, la estrella que guía hácia Jesucristo á los hombres de buena voluntad....

Es preciso que la verdadera Iglesia sea siempre visible; de lo contrario habria una excusa valdiera para no entrar en la comunión de una Iglesia invisible. Por esta razon, la verdadera Iglesia, que es la única que enseña el camino de la salvación, debe ser siempre visible; por esta razon, la Iglesia romana ha sido siempre visible, aun en medio de las más furiosas persecuciones.....